

## CÓMO CITAR

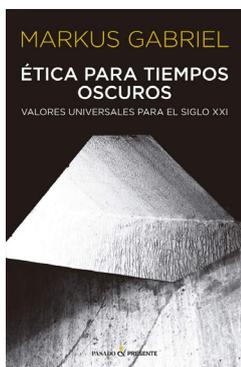
Planck-Contreras, E. (2024). Ética para tiempos oscuros: valores morales para el siglo XXI de Markus Gabriel. *Ethika+*, (9), 191-196. <https://doi.org/10.5354/2452-6037.2024.73102>

# Ética para tiempos oscuros: valores morales para el siglo XXI de Markus Gabriel

Eduardo Planck-Contreras<sup>1</sup>

Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile

[eduardo.planck@ug.uchile.cl](mailto:eduardo.planck@ug.uchile.cl)



España: Pasado & Presente

408 pp.

ISBN: 978-841-228-880-3

En sintonía con sus trabajos anteriores, en los que Gabriel establece su versión del “nuevo realismo”, el autor presenta, aquí, el “nuevo realismo moral” (p. 27). No obstante, cabe aclarar de inmediato, el asunto se expone sin explicitar cómo las tesis éticas planteadas se relacionan de manera directa con temáticas de trabajos anteriores, como la inexistencia del mundo o la no identificación entre sujeto y cerebro, de forma que quien desee embarcarse en estas conexiones tendrá que ir más allá de este libro.

<sup>1</sup> Actual estudiante de Pedagogía Media para Licenciados en la Universidad de los Andes. <https://orcid.org/0009-0004-6664-7402>



Lo anterior permite ampliar el público objetivo de este trabajo, dado que claramente se busca que este no se limite a los expertos en filosofía, sino que sea más amplio. Esto lleva al autor a utilizar ejemplos y experimentos mentales sumamente ilustradores, y a explicar de forma sintética y precisa algunos elementos de la tradición filosófica que ayudan al lector no especializado a comprender las propuestas (y que podrían llegar a agobiar por momentos a quienes ansían profundizar rápidamente en el núcleo más duro del asunto). Sin embargo, el hecho de que Gabriel sea capaz de presentar de forma relativamente sencilla los fundamentos de su sistema no significa que este último carezca de profundidad. Al contrario, la argumentación se sostiene sobre un robusto aparato conceptual que le permite involucrarse en las discusiones éticas fundamentales, como el estatus ontológico del valor, las condiciones de posibilidad de su conocimiento o la caracterización de los dilemas éticos.

La traducción escogida para el título del libro es probablemente más estética, pero la más exacta sería (manteniendo la traducción de los conceptos usada en el texto) “progreso moral para tiempos oscuros”. Este título sitúa los objetivos que se presentan en el texto escrito el 2020, año en el que estalló la pandemia del Sars-COV-2. Los “tiempos oscuros” que preocupan a Gabriel en absoluto se reducen a los catastróficos efectos de la pandemia en la población, sino que apuntan principalmente a “que nos hallamos sumidos en una profunda crisis de valores que ha infectado nuestra democracia” (p.9), cuya expresión más evidente es el viraje de muchos Estados hacia modelos autocráticos y el auge de discursos discriminadores que están aparejados al ascenso de la extrema derecha, a lo que se suma la crisis climática que parece imposible de resolver bajo el sistema económico actual en el que el mercado carece de restricciones y la excesiva digitalización se ha vuelto un instrumento de desinformación y difusión de ideologías dañinas.

No obstante lo perniciosos que resultaron los efectos de la pandemia para la salud y la calidad de vida de la población, esta crisis, plantea Gabriel, nos ha brindado la posibilidad de darnos cuenta de

la manera en que pensamos y de aquello que realmente valoramos, lo cual quedó plasmado en la reacción de muchos de los Estados que hicieron aquello que parecía imposible: detener la maquinaria de producción capitalista (p. 11). Los efectos del virus pusieron de manifiesto que los seres humanos valoramos por sobre todo la vida antes que la producción. En otros términos, los momentos de crisis permiten reconocer el valor de las cosas adecuadamente y esto último es lo que constituye el “progreso moral” que da título a la obra.

Gabriel pretende, mediante este libro, aprovechar la instancia producida por la pandemia para establecer los fundamentos de un sistema ético, el “nuevo realismo moral”, que sea capaz de enfrentar las problemáticas contemporáneas produciendo progreso moral. Dicho planteamiento se basa en tres tesis fundamentales: realismo, humanismo y universalismo (RHU). La primera se refiere a que existen hechos morales objetivos, esto es, hay cosas buenas, cosas malas y cosas neutras<sup>2</sup>: torturar gatitos es malo, cooperar con quienes lo necesitan sin producir perjuicios es bueno, jugar a las cartas es moralmente neutro. La segunda tesis apunta a que la moral se funda en el espíritu humano [*Geist*], en aquello que compartimos los seres humanos como especie y que puede ser conocido por estos. Por último, y como es esperable dado los dos puntos anteriores, los valores morales aplican para cada una de las personas y en todo lugar.

Esta tríada se enfrenta a su contraparte que reina en estos tiempos oscuros: la pluralista, relativista y nihilista (PRN), la cual es herencia del trabajo de filósofos como Nietzsche, Heidegger y Schmitt. La tesis del pluralismo, que no necesariamente es problemático por sí mismo, indica la existencia de distintos valores morales dependiendo de la cultura de la que se trate (pp. 38-39); la segunda va más allá, afirmando que los diversos conjuntos de valores son inconmensurables entre sí, de tal forma que cada uno es válido en su contexto, no existiendo, entonces, nada que posea valor intrínseco (pp.39-40); por último,

<sup>2</sup> Estos son los tres grandes referentes dentro del espectro del valor, pero el asunto no es siempre tan taxativo, sino que existen distintas escalas (p.44).

la tesis nihilista postula que no existen valores morales, es decir, no existe nada que pueda regir los principios de nuestras acciones (p. 40).

El PRN trae como consecuencia el “sentimentalismo posfáctico” (p.30), término con que Gabriel se refiere al fenómeno de otorgar mayor relevancia a discursos que generan una sensación de pertenencia colectiva en la toma de decisiones, en comparación con los hechos objetivos que pueden ser transmitidos mediante el uso de la razón de tal forma que pueda alcanzarse un consenso. En términos prácticos, el “sentimentalismo posfáctico” se traduce en que “hoy los tuits cortos y cargados de sentimentalidad, las series de imágenes de Instagram, o los titulares sobre conflictos políticos a menudo pesan más que los hechos relevantes y verificables que intervienen en el tema que está en juego” (p. 30).

El desafío de Gabriel será, por consiguiente, encontrar la fórmula para establecer un realismo moral que se haga cargo del PRN regente en la actualidad y de sus bases filosóficas, lo cual, conforme al carácter novedoso de su pensamiento, buscará llevar a cabo no simplemente negando todos los elementos filosóficos contemporáneos y volviendo a los principios que se encuentran en la tradición ética y epistémica anterior<sup>3</sup>. Esta última subdisciplina filosófica es de suma relevancia dado que la disputa entre RHU y PRN gira en buena medida alrededor de la pregunta acerca del conocimiento de la verdad. El autor busca, entonces, dar cuenta acerca de cómo se alcanzan las verdades morales y cuáles serían las fuentes de los errores en torno a aquellas cuestiones que se proclaman como relativas.

La propuesta es la siguiente: existen evidencias morales que todos los seres humanos conocen *prima facie*, pero que, no obstante, pueden quedar oscurecidas debido a distintas ideologías: un torturador sabe

<sup>3</sup> En la introducción de *Por qué no existe el mundo* (2016) se hace explícita la pretensión de ir más allá de estas dos opciones: mientras que la metafísica tradicional considera que solamente existe el objeto independiente de los espectadores y el posmodernismo que solo existen objetos en la conciencia del espectador, la ontología de Gabriel considerará que existen todos los anteriores.

que su actividad está mal, solo que la justifica en base a un bien mayor. Por ende, es posible equivocarse en cuestiones morales, especialmente en situaciones que son complejas de resolver, al punto en que llegan a ser catalogadas como dilemas morales. No obstante, atendiendo a que los hechos morales son objetivos, los dilemas morales no pueden existir; tal situación implicaría que algo es bueno y malo al mismo tiempo, rompiendo el tanpreciado principio de no contradicción. Por lo tanto, no hay dilemas, sino solo situaciones en las que no hay suficiente claridad para conocer el valor de determinados principios. Ante esto, es necesario desocultar<sup>4</sup> los hechos morales que permiten resolver un escenario mediante el conocimiento de los hechos no morales (por ejemplo, conocimiento científico o aspectos importantes de una situación concreta) pertinentes.

El progreso moral, por tanto, no se puede alcanzar por la pura reflexión ética, sino que se requiere acudir a otras disciplinas a fin de conocer los hechos no morales objetivos, incluyendo los relacionados con la propia subjetividad. Una de estas disciplinas puede ser la psicología, pero también las disciplinas artísticas, que brindan la oportunidad de reflexionar a partir de otros puntos de vista, permitiendo un pensamiento que favorece el reconocimiento de los propios sesgos que oscurecen el juicio ético (pp. 81-82). A partir de estas consideraciones, Gabriel hace un llamado a la colaboración interdisciplinaria, puesto que esta es necesaria para el progreso moral, el que exige abrazar aquello que nos une como humanidad dejando de lado los discursos identitarios que producen separaciones perniciosas entre las personas. Asimismo, se requiere una educación que incluya la filosofía y la lógica, ya que estas disciplinas son las que permiten sentar las bases para resolver las disputas entre las distintas posturas que entran en conflicto.

Ética para tiempos oscuros no es solo la exposición de un sistema ético profundo accesible tanto para eruditos como para legos. Es, antes que nada, un llamado a que reflexionemos acerca de qué es lo bueno para

<sup>4</sup> Este planteamiento, con claras influencias heideggerianas, hace gala de la comentada apropiación de elementos invocados por la filosofía que Gabriel combate.

mejorar nuestras decisiones individuales y colectivas. En particular, se dirige a quienes se encuentran en las distintas esferas de poder, tanto intelectual como político, conminándolos a tomarse en serio los problemas que acechan a la sociedad contemporánea y contribuir, desde el lugar que le corresponda a cada cual, al progreso moral y, por ende, a un mejor mundo para las generaciones actuales y futuras.

## Referencia

Gabriel, M. (2016) *Por qué no existe el mundo*. Océano